

no se percibe porque la excitación de largas luchas aún no ha dejado reposar las olas de las pasiones ni ha vuelto su transparencia y serenidad al alma popular.

¿Qué importan las diferencias de raza? ¿Qué significan convencionales líneas de fronteras? Uno es el Padre y el Creador de todos los hombres, Dios; uno el Redentor de todos los pueblos, Jesucristo, hermano mayor en esta gran familia de la humanidad, que después de redimirnos y elevarnos a la dignidad de hijos de Dios, nos dejó por único legado esta palabra: «Amáos los unos a los otros, como yo os he amado.»

Hacer resurgir entre el aún turbulento polvo del combate la imagen del Salvador, hacer oír su voz entre los gritos de las pasiones aún enloquecidas, es la mejor contribución que puede hacerse para devolver al mundo la paz y la tranquilidad.

En este sentido, tal vez la representación de la Pasión en Oberammergau haya sido, en este año de gracia de 1922, un acontecimiento de más directo y duradero influjo que muchas conferencias, grandes discursos y laboriosos tratados diplomáticos.

P. FELIX RESTREPO, S. J.

Munich, julio 20 de 1922.

---

## NAVES EN EL MAR

### I

Habíamos llegado al Estrecho de Magallanes y el *Orcana* se atrevía, lento, sobre las aguas misteriosas....

Al penetrar entre el cabo de las Virgenes y la punta del Espíritu Santo, las tierras son cándidas, verdes, sin árboles ni rocas, y contrastando con esta mansedumbre el mar inquieto, movido, oculta bajo la ondulante marea el agudo puñal del arrecife. Luégo el paisaje se ensoberbece; medran las montañas hasta las nubes y ruedan

hasta el mar peñas y cerros formando canales y lagos. Aquí el agua es calmosa, estática, profunda: surgen de ella negros cantiles, adustos y violentos; escarpados montes con la toca de nieve y la falda selvosa; islas y valles de original belleza; archipiélagos; istmos; penínsulas, que dilatan la vertiente occidental de los Andes en un fiordo gigantesco y magnífico, para cortar la punta del continente sudamericano. Las praderas y los glaciares; el granito y el musgo; la nieve y la flor; el roble y el tremedal; cuanto hay en la naturaleza más diverso y contrario, más distante y enemigo, se une con terrible hermosura en esta maravilla del mundo que Magallanes descubrió para España un día pretérito y glorioso.

Pasión de la raza y amor de la tierra me poseyeron en la ruta escabrosa y admirable, donde el misterio y el peligro navegaban a nuestro lado. Yo sabía que en la dulcedumbre de la corriente y el encanto de los hocinos acechaban el escollo y el temporal, siempre ocultos en aquella intrincada estrechez, y pensaba, con asombro entrañable, con altísimo orgullo, en los exploradores hispanos, los primogénitos de la humanidad en el antiguo *Mar de las Tinieblas*, que lucharon a veces hasta «noventa días» en las desconocidas angosturas del Estrecho, con leves naos inseguras, audaces las velas latinas, el aparejo de cruz y la Cruz en el trinquete....

Yo también iba de exploraciones por el gran fiordo andino: niña y triste, a miles de leguas de mi patria, el mar, el cielo y el monte me producían una desgarradora impresión de soledad.

Por primera vez adiestraba mi vida para una lucha torva y callada frente al destino, y la fecunda semilla del sufrimiento henchía dolorosamente la pobre tierra virgen de mi corazón.

Quiso un designio providencial que durmiesen los temporales en las hoces y nos siguiera desde Europa el viento amoroso de la bonanza.

Y después de cien millas de apacible navegación por el Estrecho, entre mansa ribera, cuando ya los montes se levantaban y el glaciario y el cantil aparecían, un largo anochecer decembrino nos llevó al refugio de una ensenada, donde era menester pasar la noche. Hallamos buen tenero bajo el agua transparente y muda, tan cerca de la margen vecina, que el capitán del buque, adornado de una cortesía británica muy complaciente, nos permitió desembarcar a unos cuantos pasajeros curiosos.

Ya se abría en el cielo la divina rosa de un pálido plenilunio, cuando volvimos de nuestra visita a la solitaria tierra patagónica. Habíamos hurtado a su secreto raras piedras, tímidas flores y peludas arañas de color de rosa, inofensivas y cobardes; todos seres humildes, llenos de alma.

La quietud de la marea parecía el cristal de unos ojos muertos donde soñara el paisaje milagroso bajo el hechizo del silencio y de la luna.

Un inefable resplandor austral exaltaba en el cielo el vaivén luminoso de los astros, y en la sublime escritura de las constelaciones la Cruz del Sur decía su leyenda polar, clavada como señuelo en el profundo corazón de la noche....

## II

Yo tenía a bordo una protegida, linda joven montañesa que me estaba recomendada desde Santander, y que en estado de próxima maternidad iba a Chile para reunirse con su esposo, residente en Concepción.

Todos los días visitaba yo a Luisa en su depar-

tamento de tercera y la obsequiaba muchas veces con golosinas que en los barcos no llegan más que de limosna hasta los pasajeros pobres.

Mi paisana era una dulce y graciosa mujer de belleza tranquila un poco triste, de esas criaturas melancólicas que a menudo sonríen y a menudo miran al cielo; tenía dorados los ojos y el pelo rubio; moreno el color; la boca expresiva; cántabra la tristeza del semblante.

Solíamos hablar juntas de nuestra familia y de nuestro país, apoyadas en la borda, contemplando la estela hirviente del buque y la fuga imaginaria de los horizontes; el paisanaje y la juventud nos unieron desde la costa nativa con lazo cordial, lleno de mutua compasión.

Se expresaba la moza con la peculiar finura de las campesinas montañesas, por lo común inteligentes y un poco ilustradas. Pronto me contó su historia, breve y apacible, alterada únicamente por las aventuras de la emigración; hija de labradores acomodados, se casó con el único novio, un artista humilde, tan buen mozo como trabajador, que seducido por halagadoras promesas de bienestar había emigrado unos meses antes, y ya la llamaba impaciente, en la certeza de una vida feliz, para esperar juntos al hijo que iba a nacer. Acaso todas las inspiraciones del amor no hubieran decidido a Luisa a emprender sola y delicada aquel viaje penoso. Pero la casualidad favoreció oportunamente los planes del marido, deparando a la joven una buena compañera de expedición, de su misma vecindad, una mujer que ya conocía las penalidades del barco y que volvía a reunirse con sus hijos, residentes también en la República de Chile. Y Luisa salió de casa de sus padres confiada a los cuidados de Inés, mañosa viajera que había mirado por la joven con desvelo cariñoso.

Duro era el camino para la moza. Las molestias de su estado, aumentadas con el trastorno de la travesía, la hicieron sufrir mucho, por más que Inés de cerca, y yo un poco más de lejos, la ayudamos a sobrellevar las horas. Algún alivio tuvo en las aguas tranquilas del Estrecho, y cuando el buque dejó el seno aplacerado junto a la cordillera, cobijo de nuestra primera noche andina, fui a buscar a mi paisana, deseando que gozase conmigo, como el día anterior, la novedad majestuosa del paraje.

A media marcha, previsores contra el peligro de una varadura, nos habíamos puesto a navegar con el repunte de la marea. Avanzaba la mañana con sigilo, detrás de un largo amanecer, lleno el paisaje de una luz glacial. Hasta bien entrado el día se deshojó en el agua, palpitante, el fulgor de las estrellas; después el cielo se cubrió de nubes claras y luminosas, trasfloradas por el sol, mientras el frío se dejaba sentir con viva intensidad.

Cuando atravesé el puentecillo entre ambas cámaras para visitar a Luisa, la hallé sobre cubierta, mirando fascinada la aparición de unas islas primorosas sobre las cuales la fatalidad había sembrado multitud de cruces, protectoras, al parecer, de otras tantas sepulturas.

Quedamos suspensas delante del original cementerio que se nos aparecía como fantástica evocación de una tragedia en que el dolor y la piedad hubiesen querido florecer. Nuestros ojos no sabían apartarse de aquellas tumbas rodeadas de flores silvestres, cuya variedad hermosa hacía pensar en un prodigioso cultivo de encantamiento. Muchas cruces tenían inscripciones, monogramas o leyendas en diferentes idiomas y trazados con distintos colores; varias tendían sus brazos piadosos so-

bre rústico rastel en forma de techo. En una leímos *Carmen*; en otra *Maria*: dos bellos nombres de españolas.

Ya la visión alucinante se alejaba cuando Luisa se estrechó contra mí, trémula, con el dulce rostro demudado por un espanto loco. No supe qué decirle porque su emoción extremada me dejó confusa, y quise distraerla pero sin lograrlo; el plantel de cruces había desaparecido y aún la moza temblaba presa de fatídico terror.

### III

Al amanecer dejamos el fondeadero de Punta de Arenas, con rumbo a occidente, y una larga península, rodeada de cerros bajos, nos obliga a dar la vuelta por el puerto del Hambre, en la Tierra del Fuego, rozando la anchurosa bahía Inútil.

Ahora el temeroso camino está empapado en una de esas trágicas soledades que hacen sentir la eternidad. Al viento ha levantado las alas bajo del celaje oscuro, y el mar se inquieta amenazador.

Para calmar los temores de algunos pasajeros dícese a bordo que nuestro buque, bien armado de recio blindaje, curtido en aventuras marineras, se defenderá con valentía contra los escollos y el temporal.

Me conmueve la inquietud de Luisa, que se refugia a mi lado, callada y triste, inmóvil la mirada sobre el estremecimiento de las olas. Acerca de su salud responde hoy con mucha timidez, y como el semblante demudado la delata, consigo que me confiese el nuevo malestar que le aqueja desde anoche.

Acude Inés a decirme señalando la moza:

—Está mala y no quiere acostarse.

Ella me mira con angustia, como si yo pudiera remediarla, y nos quedamos indecisas las tres, hablando con los ojos un mudo lenguaje compungido.

Pero ya la reciedumbre del viento nos impide continuar sobre cubierta; crece el furor de la marejada; y el frío polar cuaja en nieve unas gotas de lluvia escapadas del nublado.

Es preciso que Luisa baje a su camarote y se cuide bien todo el día; sus manos arden y un temblor febril la sacude. Convertida en su protectora no la dejo sin prever cuanto pueda necesitar. Hay un inocente orgullo en la satisfacción con que atiendo a mi paisana, yo, más niña que ella, y tan insignificante persona fuera de este barco y lejos de esta ocasión. El actuar de Providencia me engríe con heroicos impulsos; quisiera en este momento salvar a Luisa de un grave peligro: que sobreviniese un naufragio y dar en él mi vida por la suya... Mi vida ¡vale tan poco!...

Voy pensando en raras penas inconsolables, mientras cruzo con precauciones el navio, ya crujiendo bajo el azote de la borrasca. Los marineros trincan a bordo cuanto el mar puede barrer, aseguran las escotillas y las ventanas, trajinan y se apresuran cuidadosos frente al enemigo. Esta faena, la súbita retirada de los pasajeros y el aire azorado de algunos que tropiezo en los pasillos, anuncian que, por fin, nos alcanza una de esas tempestades crueles en el Estrecho, ocultas con felonía en la soberana majestad de escobios y canales andinos.

Tengo el camarote sobre cubierta. Me encierro en él a solas; me subo al sofá para acercarme al vidrio redondo y firme de mi ventana, y con un vago sentimiento de curiosidad y de emoción miro y escucho, sin miedo, como quien asiste a un espectáculo desconocido y sorprendente, en el que nada arriesga.

Todavía costeamos la península donde Sarmiento de Gamboa quiso ofrecer a España la ciudad del rey don Felipe, no lejos de la del Nombre de Jesús; tierra

inhospitalaria que vio morir a sus fundadores, y en la cual, desde aquellos días hazañosos, ningún esfuerzo humano prevalece. No distingo la costa aunque sé que la tengo delante: aguas y brumas tienden un cendal espeso en mi horizonte.

Suben ya por la borda los salibazos de la marejada, y una luz siniestra araña las nubes. Todo el barco se estremece jadeante, en pugna con la tormenta. El primer oficial da sus órdenes en el puente, guarecido al socaire del sotavento, y la marinería azoca los cabos y ligaduras, va y viene, trepa y corre, vibrante como el buque.

Bajo de mi observatorio porque los golpes de mar, continuos y crecientes, me obligan a más fácil postura. Sin conseguirla, aguardo que pasen las malas horas, mecida por tremendos balances, asordada por rumores furiosos.

Nadie acude a la llamada del almuerzo y nos le sirven trabajosamente en los camarotes. Pienso en Luisa con inquietud, tratando de ir a verla; pero la disciplina del barco no me permite salir ahora de la cámara. Después de muchas dificultades logro mandar a Inés un recado preguntando por la enferma, y la contestación no viene.

Se me hace el tiempo interminable; la tempestad me parece una pesadilla que no se acaba nunca. El desplome de la ola y la locura del viento nos envuelve en amargo fragor, bajo el cual gime el *Orcana* estremecido en todo su palpitante volumen, desde la roda y la quilla hasta la jarcia muerta. Entre los tornillos vigorosos, crujen maderas y hierros con extrañas voces; juntas en una sola expresión de rebeldía: es el grito de la vida inerte, el alma insondable de las cosas mudas, que también sabe de resistencias y de cóleras...

Va cayendo la noche. El frío y la soledad me producen una dolorosa impresión de tinieblas y de hielo. Y de pronto me levanto angustiada: vienen a decirme que en plena tempestad Luisa/a dado a luz un hijo prematuro; que el niño parece de vida y la madre se está muriendo.

## IV

Al través de muchos inconvenientes llego a la pobre enfermería del sollado apenas amaina un poco el temporal.

Un penetrante olor de fiebre y de miseria me recibe antes de que yo descubra el rostro de Luisa, que desangrada, moribunda, quiere sonreír y con un gesto henchido de fervorosa expresión, me señala su nene, un montoncillo de carne tibia, dormido a los pies del camastro con envidiable sosiego.

—¡Que le cuiden, por Dios, hasta que le recoja su padre... ya ve usted cómo estoy!...

Trato de endulzar la tremenda amargura de aquella voz y me apresuro a prometer cuanto Luisa pide. Le llamea en la mirada una alegría fugaz mientras respondo; luego, me toma las manos y, lentamente, con palabra premiosa, dice que desde la víspera lleva el presentimiento de su muerte encima del corazón. Este discurso, opaco y anheloso, brota con mansedumbre, y desgrana dulces frases conformes a la partida suprema; pero vuelve a temblar, lleno de infinito dolor, cuando la mujer habla del esposo y el niño y cuando ruega con desesperada súplica:

—¡No me tiren al mar!...

Inés me refiere, entonces, que toda la tarde sufre la moza un terrible delirio. Morir no es para ella tanto como sentirse hundida en las olas de este mar pavo-

roso que zarandea los barcos, los sorbe, y los escupe a flor de agua, convertidos en tumbas, para escarmiento de los navegantes.

Exaltada por la calentura, la enferma nos mira ansiosa y torna a repetir:

—¡Qué no me tiren al mar!

Nos esforzamos por tranquilizarla cuando la puerta da paso a un padre dominico que viaja con nosotras desde Europa.

Llamado por Inés acude el padre Fanjul arrojando como yo las dificultades del trayecto, y gracias a la tregua de la borrasca. Mientras se acerca a Luisa nos replegamos hacia el pasillo y hacemos, desconsoladas, un penoso recuento de las tristes escenas que han de sucederse a la desaparición de nuestra amiga. Hablamos sin soltar el barandaje que corre junto a la pared, inclinándonos la una hacia la otra en cada fuerte cabeceo del buque.

Nos atribula pensar en el marido que en la costa vecina está esperando lleno de ilusiones, y en los ancianos padres montañeses, yertos de frío sin el sol de esta existencia que se extingue.

El aire, enrarecido y pestilente, sopla con un lúgubre silbido en el siniestro corredor. Dentro del camarote la voz serena y conquistadora del padre Fanjul se levanta como una brisa de paz sobre el trágico vocerío de los elementos....

El dominico manifiesta su propósito de no separarse de la moribunda. Se informa, compasivo, de aquella pobre vida malograda y nos dice algo de la suya propia, errante y misionera, siempre en acecho del humano infortunio.

Tiene el padre un rostro atormentado y fino como los santos del Greco, la voz persuasiva y honda, la fi-

gura cenceña y elevada. Se sienta con humildad junto a nosotras en el suelo, donde hemos colocado ahora el miserable colchón de Luisa, buscando algún alivio a los terrores de la infeliz. Piensa que los bruscos vaivenes la empujan a la mar, y se agarra con manos trémulas a cuanto imagina que la puede sostener. Ya no sosiega; su desvario crece con la agonía y se enhiesta amargado, por instantes, con la terrible obsesión. El médico, que a instancias nuestras la vuelve a ver, confirma con laconismo su diagnóstico mortal.

Sentimos que la tormenta, amansada un punto, se recrudece, y el padre Fanjul sabe que el viento rola otra vez hacia el lado temible en estas latitudes, el Brazo Tortuoso del Estrecho. Así el *Orcana*, mecido con nuevo furor, salta, ruje y «se duerme,» casi dominado por el oleaje.

A Inés le preocupa mucho el repunte bajo de la marea. ¿Cuándo será? Dice que a esa hora mueren los enfermos en la marina y se asoma el arrecife a mirarse, espectral, en el livido espejo de las aguas.

De repente, un maretazo formidable nos derrumba en el mismo suelo donde estamos. Se oyen crujir los miembros rotos del navío como si el mar arrancase pedazos de la obra muerta: sin duda nos ha cogido una bárbara ola de través.

El niño se despierta llorando, y el misionero se incorpora, solícito, a bendecir la cabeza de Luisa que rueda inerte en la almohada....

## V

En largas horas no hubiéramos podido, aun queriendo, abandonar a la muerta ni calmar el hambre de su hijo.

El temporal, monstruoso, nos apresó junto al cadáver, en la fétida hondura del sollado, hasta cerca de

humilde y patético: cuatro marinos que llevan el ataúd, un fraile que le bendice y media docena de curiosos, entre los cuales dos mujeres sollozan.

Un tablón, tendido hasta la lumbre del agua, sirve a la caja fúnebre de escalera; un responso, rezado con ardiente premura la va siguiendo en la fatal caída. Cuando se hunde, nos parece que el mar abate un punto su resuello con la respiración suspensa: es que «el sagido» tiene ahora una solemne expresión de ternura, un saludo lleno de acogimiento y de reposo. En seguida vuelven a rodar las olas y a desmelenarse las espumas con la infinita castidad de la agua corriente y apacible: ¡ya la estela del buque se ha borrado en el sitio donde cayó el cuerpo de Luisa!

Alzo los ojos con un movimiento aflictivo de piedad, y en lo sumo del espacio azul me subyuga la brasa lueña de un lucero... Imagino que el alma de la pobre viajera se abre junto a Dios como una rosa encendida en luces estelares; quiero creer que quizá resplandece en la hoguera de cada astro el calor remoto de una vida que pasó por la tierra al lado nuestro. Y frente al enigma sagrado, lleno de temblores inefables, me abismo, ansiosa, en la contemplación del cielo y del mar, hondos como la muerte....

El último jirón de la Patagonia se ha esfumado en la noche a la altura del cabo Pilar, y las trescientas millas del Estrecho, que Magallanes llamó de *Todos los Santos* quedan en la memoria como una ensoñación fantástica. Aquí está el mar libre, el nuevo océano, ancho y evocador, donde nuestros exploradores, sólo hallaron en sus primeras aventuras, las desiertas istas Desventuradas.

Y la profunda huella del Descubrimiento, persiste desde Europa en los mares y en las riberas, desdo-

blando horizontes, abriendo rutas, fecundizando caminos virginales.

El sentimiento vehemente de la admiración me vuelve a sacudir el rostro a las soberbias lontananzas del Pacífico; vuelvo a enorgullecerme de la sangre hispana de mi corazón, la misma que empujó en las sombras las fronteras del universo, y después de saludar a las criaturas desconocidas en un idioma venerable, lleno de esperanza y de luz, bautizó en el nombre de Dios los valles y las aguas, las cumbres y las constelaciones, los seres y las cosas, con un santo derroche de venas maternas.

¡Así un mundo entero, allende las antiguas *Tinieblas*, está alumbrado con voces españolas, parido por las entrañas de Castilla en un alarde inmortal de bravura y de amor!....

## VII

El españolito nacido en trance cruel bajo el pabellón británico cumple a maravilla sus primeros deberes de criatura, aferrándose lleno de brío a la existencia. En su regazo le guarda Inés con admirable solicitud, y le celan allí las devociones y lástimas que con el dolor y el amor florecen, a menudo, en la humanidad.

El nene ya conoce el sabor de los besos y el halago de las canciones. Le han mecido las pasajeras al són de coplas distintas, en idiomas varios, con añoranzas maternas; pues donde hay una mujer que siente y un niño que llora, nunca faltan la caricia y la canción, acendradas en un sueño de madre.... Parece que al barco le empujan en el Pacífico dulces brisas de bondad y que todas convergen hacia el desgraciado pequeñuelo. Pero los que hemos seguido de cerca el latido de esta vida menuda, abandonada en ca-

pullo por la madre infeliz, padecemos ya el quebranto de una nueva emoción, quizá la más terrible en el drama inolvidable.

Se ha roto nuestro confin de cielo y mar, y la costa rojiza de Chile sale a recibirnos en un pálido horizonte. Nadie frente a estas orillas, torvas y mudas puede imaginar que en el corazón de este país hay un divino valle de Aconcagua, orgullo de la América. Volcánica y estéril, descolorida y triste, avanza sobre el mar la tierra que tocaremos al anochecer en la bahía de Talcahuano, *Rayo del cielo* según el lenguaje indio.

Un poderoso cacique de la Conquista dio nombre a la población levantada junto a unos fuertes que los españoles emplazaron cara a las olas como si las quisieran amedrentar y poner linde. Y en la lucha con las marejadas, con los araucanos y con los terremotos, al través de los siglos, Talcahuano sirve de base a una gran ciudad, *La Concepción del Nuevo Extremo*, fundada por Valdivia. De allí vendrá al puerto, esperando al *Orcana*, el padre de este niño que duerme y sonríe; vendrá diligente y feliz, sin temer que su amor haya naufragado en el pobre ataúd, ¡la última nave, siempre hundida en el eterno mar!...

Navegamos costaneros y veloces, bajo un cielo tranquilo y gris, turbias las aguas, sin espumas ni rizos, muda en sus ondas la huella del barco.

Tiene el paisaje un tono de profunda quietud, una tristeza recóndita, colmada de expectación y de misterio.

A veces imagino que todo el horizonte escucha, otras que aguarda. Y siento que el angustioso grito de Luisa, huyendo del doble naufragio resuena con suprema ansiedad en el desnudo silencio de los confines...

Aquí está la bahía del Talcahuano, ancha y honda defendida por cerros mansos y rojos, abrigada al oeste por la península de las Tumbas.

Los botes que nos esperan atracan al costado del buque y llega el aciago instante de recibir al marido

de Luisa. Hemos confiado esta difícil misión al P. Fanjul, y abrazo al niño huérfano mientras Inés escudriña las embarcaciones cercanas y dispone el humilde bagaje de la ausente.

Nuestra pesadumbre se colma cuando, subiendo en dos saltos, la escalera, recién tendida, un joven se precipita en la cubierta, registrándola afanoso, con mirada radiante.

Sale Inés a su encuentro y exclama turbadísima:

—¡Salvador!.. —Luégo se vuelve hacia nosotros, murmurando:—Este es...

Y adelántase el dominico, exacto como la fatalidad, a deshacer la impaciente alegría del mozo.

Ya éste observa a su paisana con amagos de inquietud; tal vez el nombre amado bulle en una pregunta sobre los labios juveniles, cuando el fralle aborda la temible revelación.

A las primeras palabras del religioso, Salvador vuelve la vista en torno suyo como inquiriendo y adivinando. Una sorpresa alarmante le extravía: no entiende lo que le dicen, no acaba de comprender.

Le pone el P. Fanjul una mano en el hombro con cariño y le lleva suavemente hacia la borda, alejándolo del grupo de pasajeros que comentan el lance entre curiosos y dolidos. Allí, en voz queda, habla el Padre, primero con dificultad, inclinándose expresivo hacia el muchacho en cada frase indecisa, luégo respondiendo con resolución a las ardientes preguntas de él, y, por último, se expresa vivamente, asiendo las manos del desconocido, sirviéndole, al fin, de sostén en los brazos acogedores.

De pronto Salvador levanta la cabeza y pasea por la superficie del mar los asombrados ojos: una sensación de espanto le sacude y un sollozo que parece un

rugido; se le escapa del pecho. Todas las miradas están fijas en el muchacho fuerte y arrogante, de noble y abierta fisonomía, en la cual el dolor va dejando la novedad cruel de sus matices.

A una señal del dominico, Inés, llorosa, avanza con el nene, y Salvador endulza el rostro para recibirle; le coge en sus brazos recios y convulsos; le cubre la cara con un solo beso, ancho y tenaz. Luégo no sabe qué hacer con él; se queda mirando a todas partes indeciso y atónito, con una sombría expresión de perplejidad.

Pero aún tiene que darle Inés otro sagrado presente, una trenza de pelo rubio, sérica y fina, que de nuevo hace rugir a Salvador. Agobiado por la dulce carga que le abrumba, parece que ha echado raíces sobre la cubierta, y es menester que le hablen con mucha piedad para que responda, para que intente balbucir algunas frases rudas de gratitud en alto grado expresivas, por el duelo agudo de la voz y el desconsolado ademán de la despedida.

Sin acabar de oírnos, ni terminar su trémulo discurso, echa, de repente, a correr hacia el portalón y gana el bote que antes le condujera a bordo colmado de esperanzas. Lleva el niño abrazado con torpeza cuidadosa, y la trenza de Luisa junta con él, en un mismo envoltorio blando y caliente... Le vemos alejarse hundido en su liviana embarcación, caído en desolada actitud: la nave toca la orilla, y bajo la sombra fría de la noche el padre y el hijo se confunden con el siniestro polvo de Talcahuano, *Rayo del Cielo*...



CONCHA ESPINA

Universidad del  
**Rosario**

Archivo  
Histórico